

Algunos reflejos de la sacramentalidad del matrimonio en el derecho canónico

(Guión de una clase en video grabada el 7.XI.2014 en el Centro Universitario Villanueva)

Jorge Miras

Me corresponde hablar de la sacramentalidad del matrimonio desde el punto de vista del Derecho canónico.

Quería comenzar advirtiéndolo, a modo de *disclaimer*, que la sacramentalidad tiene muchos reflejos canónicos concretos, con sus correspondientes elementos técnicos. Sin embargo, puesto que se me ha pedido que no exceda la media hora, limitaré mis pretensiones a una explicación sin atropellos de algunas cuestiones fundamentales que espero que sirvan para entender mejor la convicción de fe de la Iglesia que subyace en el régimen canónico del matrimonio.

I. La inseparabilidad entre unión conyugal y sacramento, fundamento del tratamiento canónico del matrimonio

- En la sesión anterior se ha tratado de una serie de cuestiones teológicas fundamentales acerca de la verdad de fe de que el matrimonio es uno de los siete sacramentos de la Nueva Ley.
- Desde el punto de vista del derecho canónico, esa verdad se concentra en un punto de máxima densidad doctrinal: la *inseparabilidad* o, más precisamente, *identidad* entre matrimonio de los bautizados y sacramento.
- El c. 1055 recoge este principio explicando que, puesto que la alianza matrimonial fue elevada por Cristo a la dignidad de sacramento, **entre bautizados, no puede haber matrimonio válido que no sea por eso mismo sacramento**. Ese es el fundamento del tratamiento canónico del matrimonio.

1. Un pasaje de la exhortación apostólica *Familiaris consortio*, 13

“Mediante el bautismo, el hombre y la mujer son insertados definitivamente en la nueva y eterna alianza, en la alianza esponsal de Cristo con la Iglesia. Y, debido a esta inserción indestructible, la comunidad íntima de vida y de amor conyugal, fundada por el Creador (cf. GS, 48), es elevada y asumida en la caridad esponsal de Cristo, sostenida y enriquecida por su fuerza redentora”.

- Analizando este texto de Juan Pablo II podemos ver sintéticamente qué entiende la Iglesia cuando afirma que el matrimonio es un sacramento:

a) Comienza afirmando que **“mediante el bautismo, el hombre y la mujer son insertados definitivamente en la nueva y eterna alianza, en la alianza esponsal de Cristo con la Iglesia”.**

- Esta es la base de la dignidad sacramental: el bautismo de los esposos, que los inserta en la alianza esponsal de Cristo con la Iglesia de modo *definitivo* —es decir, *irrevocable* por parte de Dios (cfr. Rm 11, 29) e *irrenunciable* por parte de los hombres—, en virtud del *carácter* indeleble del bautismo.
- Pero el carácter bautismal de los cónyuges no opera solo remotamente, en cuanto hace a la persona sujeto capaz de los sacramentos —el bautismo como

ianua sacramentorum—, sino que es el principio o fundamento *próximo e inmediato* de la sacramentalidad de *cada concreto matrimonio*.

b) En efecto, el texto que consideramos, no se limita a afirmar que el bautismo inserta al h. y a la m. en la nueva Alianza, sino que continúa así: **“Debido a esta inserción indestructible, la comunidad íntima de vida y de amor conyugal, fundada por el Creador (cfr. GS, 48), es elevada y asumida en la caridad esponsal de Cristo, sostenida y enriquecida por su fuerza redentora”**

Aquí se pueden ver varias cosas:

- El hecho de que el matrimonio de dos concretas personas bautizadas no pueda no ser sacramental no es una especie de *automatismo* arbitrario, sino que se debe a la indestructible configuración con Cristo de cada uno de los cónyuges en el bautismo.
- En efecto, la naturaleza y la estructura de la unión conyugal no son resultado de una organización extrínseca más o menos bien pensada, sino que —como ha subrayado Hervada— dimanar de la propia estructura óntica de la persona humana masculina y femenina en su dimensión conyugal.
- (Es decir: el matrimonio no es un *modelo de relación* sexual q resulte conveniente por razones convencionales o secundarias: es *el modo* que corresponde al ser personal de varón y mujer, por su propia naturaleza)
- Pues bien, la incorporación de la persona humana al orden de la gracia, como nueva criatura, por el bautismo, incide profundamente en su estructura óntica, también en lo que se refiere a la conyugalidad. Y el orden del matrimonio cristiano refleja precisamente esa nueva configuración de la persona en Cristo.
- Decía también Juan Pablo II en un discurso a este respecto: **“La dimensión natural [del matrimonio] y su relación con Dios no son dos aspectos yuxtapuestos; al contrario, están unidos tan íntimamente como la verdad sobre el hombre y la verdad sobre Dios”**
- Y esto se da de un modo específico en el orden sacramental. Por eso, en el caso de los bautizados, no hay 2 matrimonios yuxtapuestos, uno natural y otro religioso que sería el sacramento, sino uno solo: el matrimonio, que, si es verdadero, es sacramental; y si no es sacramental, es porque no es verdadero matrimonio.

Veamos de nuevo el texto: **“debido a esta inserción indestructible, la comunidad íntima de vida y de amor conyugal, fundada por el Creador (...), es elevada y asumida en la caridad esponsal de Cristo, sostenida y enriquecida por su fuerza redentora”**

- Aquí se expresa claramente que lo que es *elevado y asumido* es precisamente “la comunidad íntima de vida y amor fundada por el Creador”; es decir, el matrimonio “del principio”.
- Los verbos “asumir” y “elevar”, que utiliza la Exhortación apostólica, evocan la doctrina de las relaciones entre naturaleza y gracia, según la cual la gracia —el orden de la redención— no destruye ni suplanta a la naturaleza —orden de la creación—, sino que la asume, sanándola, y la eleva al orden sobrenatural.

- Esa es una referencia fundamental para entender la identidad sustancial entre el matrimonio natural, que no es desnaturalizado por la elevación, y el sacramento del matrimonio, que no es *otra* realidad, añadida extrínsecamente a la anterior, sino la plenificación de esa misma realidad de los orígenes en el orden de la redención.

c) Ahondemos un poco más en este análisis de los aspectos principales de la sacramentalidad:

- En el texto vemos una cosa muy importante: que la dignidad sacramental, de sacramento de la Nueva Alianza en sentido estricto, se predica del matrimonio, no solo ni principalmente en su momento constitutivo —es decir, su celebración: la boda o matrimonio *in fieri*—, sino en cuanto “unidad de los dos” indisolublemente constituida.
- Esto se expresa más adelante en el texto también con otra afirmación importantísima, sobre la que volveré en seguida: **“la recíproca pertenencia [de los esposos] es representación real, mediante el signo sacramental, de la misma relación de Cristo con la Iglesia”**.
- Es la *recíproca pertenencia* de los cónyuges —y no solo la boda, el acto por el que comienzan a pertenecerse— lo que *representa sacramentalmente* (es decir, en el sentido fuerte de re-presentar) la misma relación de Cristo con la Iglesia. Por eso se dice que el sacramento del matrimonio es un *signum permanens*.
- Esa *recíproca pertenencia* de marido y mujer se funda en el vínculo conyugal, que por cierto no es una tercera *cosa*, algo que se acopla al matrimonio por obra de algún agente externo (Iglesia, ley, etc.), sino los mismos cónyuges en cuanto ya *son* unidos. Por tanto no hay una especie de estructura ternaria: mujer, marido y vínculo; sino mujer y marido vinculados conyugalmente, o sea, matrimonio.
- El vínculo conyugal, por su misma naturaleza, es uno e indisoluble (propiedades esenciales) y ordenado, como dinámica propia e intrínseca, al bien de los cónyuges y a la generación y educación de los hijos (fines).
- Por eso la sacramentalidad afecta a toda la realidad del matrimonio —vínculo, propiedades esenciales y fines naturales—, y la eleva a una perfección que está en continuidad con su naturaleza, pero que la realiza con una plenitud y trascendencia que solo Dios puede darle.
- “En una palabra —explica Juan Pablo II—, se trata de características normales de todo amor conyugal natural, pero con un significado nuevo que no solo las purifica y consolida, sino que las eleva hasta el punto de hacer de ellas la expresión de valores propiamente cristianos” (FC, 13).

d) Por esa razón Juan Pablo II dice en otro momento: **“En virtud de la sacramentalidad de su matrimonio, los esposos quedan vinculados uno a otro de la manera más profundamente indisoluble”**

- En este sentido debe entenderse, por ejemplo, la expresión del c. 1056 CIC: *“Essentiales matrimonii proprietates sunt unitas et indissolubilitas, quae in matrimonio christiano ratione sacramenti peculiarem obtinent firmitatem”*. De

ese modo se intenta expresar cómo incide la sacramentalidad sobre las propiedades esenciales, que no derivan de la elevación del matrimonio a sacramento, sino que le corresponden por naturaleza, pero quedan peculiarmente intensificadas por la sacramentalidad.

e) El texto concluye sintetizando el significado de la sacramentalidad del matrimonio en una afirmación que he adelantado ya al comentar otro aspecto: **“[La] recíproca pertenencia [de los esposos] es representación real, mediante el signo sacramental, de la misma relación de Cristo con la Iglesia”.**

- Esto ayuda a entender ante todo que la gracia del sacramento —puesto que el signo permanente, como hemos visto, son los esposos en cuanto hechos una sola carne— va más allá del momento constitutivo o celebrativo del matrimonio, para acompañar a los cónyuges a lo largo de toda su existencia (cfr. FC, 56).
- Pero hay que entender que el matrimonio es signo de un modo muy específico:
- Rincón afirma que el pensamiento cristiano ha visto desde muy antiguo “que el matrimonio de los bautizados no solo es símbolo o imagen del misterio de Cristo y la Iglesia”, sino que él mismo “participa del misterio que representa”; y, “en consecuencia, la eficacia sacramental se proyecta también sobre la propia realidad matrimonial”.
- Dicho de otro modo, “entre el signo (matrimonio, realidad natural elevada) y la realidad significada —la unión de Cristo y de la Iglesia— existe una relación real, no meramente simbólica”.
- Por tanto, “el matrimonio cristiano no tiene una simple relación de semejanza con la Alianza esponsal de Cristo y la Iglesia; el mismo matrimonio es misterio y signo, está conformado en su propio ser por el misterio divino del que participa”.
- (por eso en GS 48 se llama al matrimonio no simplemente “imagen”, sino “imagen y *participación* de la alianza de amor entre Cristo y la Iglesia”)
- En definitiva, el matrimonio no es la unión de Cristo con la Iglesia —que no es un matrimonio—, pero tampoco es una mera imagen de ella: en virtud de la vinculación que Dios ha establecido entre la unión conyugal y la unión de Cristo con la Iglesia, la significa y la representa realmente, de modo sacramental. De este modo preciso se convierte en signo eficaz, es decir, en cauce a través del cual los cónyuges, precisamente en cuanto cónyuges, reciben eficazmente la acción santificadora de Cristo.
- Así pues, los esposos cristianos no solo son santificados en virtud de la participación en Cristo que corresponde a cada uno de ellos como bautizado; sino también, específicamente, en virtud de la participación de la unidad de los dos —el marido y la mujer unidos en matrimonio— en la Nueva Alianza con la que Cristo se ha unido a la Iglesia para santificarla, para presentarla ante sí mismo resplandeciente, sin mancha ni arruga ni cosa semejante, sino santa e inmaculada (cfr. Ef 5, 25-27).
- Por tanto, la unión y participación con Cristo de los esposos se produce no de modo extrínseco, es decir, tomando simplemente *ocasión* del matrimonio

como una circunstancia más de su vida, sino a través de la eficacia sacramental, santificante, de la misma realidad matrimonial.

- Esto es muy importante para entender bien qué significa que el matrimonio es vocación cristiana, por ejemplo a la luz de todas las enseñanzas de san Josemaría sobre la santificación de la vida corriente.

2. La peculiaridad del matrimonio como sacramento

- Para captar el genuino significado de la sacramentalidad matrimonial y sus consecuencias canónicas no se puede prescindir del hecho de que en el matrimonio de los bautizados, por voluntad de Dios, ***la estructura sacramental es la misma estructura matrimonial y la eficacia sacramental está intrínsecamente vinculada al matrimonio mismo.***
- En este sentido afirma Juan Pablo II, en otro punto de la Exhortación *Familiaris consortio*: **“El sacramento del matrimonio tiene esta peculiaridad respecto a los otros: ser el sacramento de una realidad que existe ya en la economía de la creación: ser el mismo pacto conyugal instituido por el Creador «al principio»”** (FC, 68).
- Y en un discurso a la Rota Romana explicita ulteriormente esa peculiaridad, haciendo notar que “el matrimonio, aun siendo un *signum significans et conferens gratiam*, es el único de los siete sacramentos que no se refiere a una actividad específicamente orientada a conseguir fines directamente sobrenaturales. En efecto, el matrimonio tiene como fines, no solo principales sino también propios *indole sua naturali*, el *bonum coniugum* y la *prolis generatio et educatio* (cf. CIC, c. 1055)”.

(Quizá puede ilustrarse este aspecto de la peculiaridad del matrimonio como sacramento comparándolo, por ejemplo, con el bautismo. Ciertamente, el lavado corporal ordinario es una actividad humana con una finalidad propia. Al instituir el bautismo, sin embargo, solo se toma de esa actividad la semejanza externa, el gesto: se realiza una acción “a modo de lavado” que, junto a las palabras que indican su nuevo sentido y finalidad, constituye el signo sacramental. Quien es bautizado no realiza una ablución ordinaria, tendente a la limpieza del cuerpo, que haya sido configurada sacramentalmente por Dios *ab intrinseco*; sino una ablución específicamente sagrada, administrada por un ministro distinto del sujeto —el sujeto no se lava, sino que es lavado— y con una intención puramente sacramental, netamente distinta y explícitamente separada de la que mueve tanto al sujeto como al ministro al aseo cotidiano. La acción física realizada existe ya en el orden de la creación, pero no pasa al plano sacramental con el sentido y finalidad que le son propios por naturaleza: ese sentido y esa finalidad naturales no son sobrenaturalizados, sino que quedan al margen de la nueva realidad sacramental.

En cambio, en el caso del matrimonio la realidad constituida en sacramento es la misma realidad natural en su integridad, tal como ha sido configurada por Dios en el orden de la creación; es decir, el marido y la mujer unidos en una sola carne por el vínculo matrimonial, con sus propiedades esenciales y con los fines propios que expresan la dinámica natural, intrínseca, del matrimonio).

- En el sacramento del matrimonio no se asume como signo sacramental una mera acción externa, realizada “a modo de” unión conyugal, a la que se le

cambie la significación mediante los demás factores integrantes del signo. Sin duda, con la elevación a la dignidad sacramental el matrimonio recibe una nueva significación, y significación eficaz, que antes no poseía, pero la recibe precisamente *mediante su significación natural*: “es precisamente la realidad creada —añade Juan Pablo II en el mismo discurso citado— lo que es un 'gran misterio' con respecto a Cristo y a la Iglesia” (n. 8).

- Como consecuencia de esta peculiaridad, es decir, del hecho de que Cristo haya asumido la mismísima realidad natural como signo sacramental del matrimonio, resulta que la acción sagrada es la misma acción natural, realizada por los mismos protagonistas (por eso solo ellos son los ministros del sacramento); y que la intención de obtener los fines sobrenaturales pasa necesariamente por la de obtener los mismos fines naturales.
- Por tanto se da una coincidencia sustancial entre celebración del matrimonio y celebración del sacramento; *intención matrimonial* e *intención sacramental*.
- Todo esto lo procura reflejar con gran congruencia el régimen canónico del matrimonio. Por ejemplo, el c. 1057 recoge un principio fundamental: “El matrimonio **lo produce el consentimiento** de las partes legítimamente manifestado entre personas jurídicamente hábiles, consentimiento que **ningún poder humano puede suplir**”.
- A pesar de que se refiere al matrimonio de los bautizados, esta norma puede referirse igualmente a cualquier verdadero matrimonio natural. A primera vista, el derecho canónico no incluye ningún componente calificable de *sacro* en la acción humana generadora del matrimonio ni en el contenido propio del consentimiento matrimonial.
- Y esto no es porque se opte por una visión juricista, reductiva, del sacramento del matrimonio. Más bien el legislador capta exquisitamente aquí las implicaciones de la comprensión eclesial de la sacramentalidad, y las traduce jurídicamente no exigiendo como *voluntad sacramental* otra cosa que la *voluntad matrimonial verdadera*, sin añadir ningún elemento específicamente *sacramental* al consentimiento matrimonial.
- Por tanto, en la perspectiva de la identidad entre matrimonio y sacramento que informa la regulación canónica del consentimiento, el principio “*solus consensus facit nuptias*” implica inseparablemente este otro: “*solus consensus facit sacramentum*”.
- Sin embargo no hay aquí, propiamente, un automatismo, en el sentido de que el consentimiento verse sobre una realidad —el matrimonio— y produzca, *se quiera o no*, otra distinta —el sacramento—; lo que sucede es que la realidad sobre la que versa el consentimiento —es decir el varón y la mujer bautizados en cuanto unidos en alianza matrimonial— *ya no puede no ser sacramento*, porque su significación sacramental y su eficacia santificadora han sido establecidas objetiva y definitivamente por Dios.
- Así, recogiendo esta y otras peculiaridades en el derecho matrimonial canónico, la Iglesia respeta y protege la verdad sobre el matrimonio, instituido por Dios en la misma naturaleza humana creada y elevado a la dignidad sacramental para seguir a la naturaleza humana redimida.